

Cuerpos lésbicos e imágenes de sí. Estrategias para pensar las pedagogías cuir

Lesbian bodies and images of the self. Strategies to (re)thinking cuir pedagogies

María Laura Gutiérrez¹

Resumen

El texto es un ensayo que parte de las preguntas sobre la invención de imágenes como posibilidad de reflexión ante la propia experiencia como docente e investigadora lesbiana. Parto de las coordenadas que han habilitado las experiencias de enseñanza de la Educación Sexual Integral en los espacios formativos, para luego indagar más allá de los límites instituidos de estos contenidos. Pensar las propias pedagogías corporales y la invención de imágenes de sí como posibilidad de conocimiento y de experiencia estético política colectiva.

Palabra clave: Pedagogías cuir; imágenes lésbicas; políticas visuales

Summary

This text consists of an essay that departs from questioning the creation of images as the possibility of reflecting upon the very experience of being a lesbian academic and researcher. I begin following the coordinates that have enabled the experiences of teaching comprehensive sexuality education (“ESI,” the acronym in the original) in schools and universities. I then move on to inquire beyond the instituted limits of such content: I propose to think our own body pedagogies and the creation of images of the self as both the possibility of knowledge and of an aesthetic and political communal experience.

Key words: queer pedagogies; lesbian images; visual politics

Fecha de Recepción: 16/07/2019
Primera Evaluación: 20/07/2019
Segunda Evaluación: 29/07/2019
Fecha de Aceptación: 05/08/2019

a. Interrogaciones entre imágenes y ESI

a veces sólo queda un contorno, un contorno y un brillo...

lo demás, es puro burbujeo estallando en el corazón de la memoria

val flores

El presente ensayo busca compartir las experiencias que parten de pensar la potencia de las imágenes y los recorridos pedagógicos que atraviesan algunos de los espacios formativos del presente, en particular aquellos destinados a la Educación Sexual Integral, pero los excede en una experiencia más amplia de nuestros propios recorridos docentes y trayectos educativos. Me interesa interrogar los mundos posibles que puede abrirnos, interrumpirnos, ofrecernos, tocarnos o lastimarnos nuestro contacto en/con las imágenes (y las propias imágenes de nosotrxs mismxs) en nuestra experiencia formativa. Pienso en preguntas que soy incapaz de responder de forma clara y distinta, pero que busco transitar a través de sus pliegues y que articulan tanto una apuesta teórica y epistemológica como una experiencia hecha interrogación política.

Para ello atravesamos este escrito a partir de tres preguntas centrales. Por un lado, ¿qué carácter político sexogenérico tienen las imágenes en/de nuestras experiencias pedagógicas? Y, por otro, ¿qué imágenes componen nuestras sexualidades y nuestros géneros para volverse/volvernos inteligibles? y, ¿qué imágenes ofrecemos a nuestros estudiantes cuando habitamos nuestros cuerpos, nuestras sexualidades y nuestros géneros en el aula sin llamarnos

a la neutralidad sexogenerica?

En este sentido, hacemos nuestra la interrogación sobre los modos en que se encarnan esas invenciones como procesos de normalización y naturalización de aquellos cuerpos de lo posible. Nos interesa interrogar “la geografía conceptual de la normalización” (Britzman, 2016) y ubicar el cruce entre imágenes y prácticas ESI en un problema más amplio que los de la enseñanza de ciertos contenidos o las de “el reconocimiento, la integración o la aceptación” políticamente correcta del colectivo LGBTIQ, que —muchas veces— toma una dimensión de “aceptación” en algunos trayectos de formación docente como una amalgama de conceptos y modos pre establecidos que hacen oídos sordos a las experiencias particulares con las que nos encontramos en el aula.

En este punto de partida, ubicamos las pedagogías queer/cuir y nuestros propios cuerpos como imágenes de una pedagogía otra. Porque, querramos o no, nos toque o no “dar ESI”, como docentes estamos constantemente enseñando, mostrando, habilitando cuerpos, deseos, eróticas de la pose, disponiendo o clausurando invenciones de vidas. Somos quienes, en muchos espacios, abrimos, silenciamos, posibilitamos o inventamos disposiciones de palabras, cuerpos, deseos y eróticas, que permiten la escucha de lo sensible, del afecto, de la imaginación.

Es por lo tanto una falacia que en la escuela no se enseña sexualidad o no se enseña sobre identidades

sexogenéricas. Se enseña todo el tiempo, con todo el cuerpo. El debate entonces es, justamente, qué sexualidad, qué géneros, qué deseos, qué eróticas, qué placeres habilitamos y construimos como imágenes posibles de sí y de las otras en nuestros espacios áulicos y formativos. La ESI nos enfrenta con nosotras mismas, como investigadoras, estudiantes y docentes no sólo a través de sus “contenidos” sino también de su pedagogía corporal que habilite imágenes donde el género no sea un binarismo políticamente correcto, o una tolerancia jerárquica de “la diversidad”, y donde la sexualidad no esté sólo asumida bajo las significaciones del riesgo y la prevención.

No nos interesa en este ensayo mostrar o decir cuáles son o serían las imágenes posibles para la ESI, como un lugar que da cuenta de su utilidad instrumentalizante de su potencia política y sexogenérica. Las imágenes como ilustración de la palabra (Longoni, 2010), o de los contenidos pedagógicos, soslayan el titubeo lento de la búsqueda sensible, tan ajeno a las imágenes del consumo, de las representaciones hegemónicas, o de un cuerpo supuestamente seguro de sí. Nos interesa, por el contrario, ese acercamiento pasional, erótico y sensible sobre aquello que las imágenes hacen con nosotras, en esa búsqueda constante de un por-venir, de un tiempo otro, una vida, una imaginación otra.

Decir que las imágenes no representan la realidad sino que construyen la realidad es casi una frase de sentido común en muchos de los ámbitos que transito, pero que suena a exageración docente,

militante o subjetiva individual cuando las trasladamos al lenguaje escolar o familiar, sólo por citar algunas de las instituciones regentes del sexo-género, de la disciplina de los cuerpos normales y de la moralidad. Repetimos entonces que las disciplinas que trabajan sobre las miradas (pensamos la propia historia del arte y los estudios visuales, por ejemplo, pero también la propia pedagogía escolar) construyen ficciones biopolíticas, ficciones somáticas (Preciado, 2008) que son en sí mismas una tecnología política de construcción del género y del sexo (de Lauretis, 1985). Que delimitan cuerpos deseables, modos de afectarnos, de relacionarnos, de imaginar nuestros deseos, nuestros cuerpos, nuestras identidades en tránsito. Imágenes que no sólo nos miran o nos ven (parafraseando a Didi-Huberman), sino que nos interpelan, nos tocan, nos susurran por sobre la cantidad de imágenes hegemónicas que constituyen nuestro día a día, tan bien pre-dispuestas acerca de qué experiencias pueden ser vivibles y como (no) nos reconocemos en ellas. Ahí buscamos a tientas, pero fervientemente, representaciones para sobrevivirnos, que nos desafían como una interferencia audible que contienen las huellas de nuestras heridas en la historia política de nuestro propio tránsito escolar y educativo.

La vista no es, entonces, un mero instrumento del conocimiento, más bien, es parte de la relación con el conocimiento y los modos en que está sujeta a interrogantes. Este escrito entonces se instituye en una *táctica*

del ver que confabula la mirada contra los poderes establecidos que se encarnan en las disposiciones corporales y del saber. En palabras de Bal (2016), intentamos hacer emerger los modos en que el análisis visual guarda una compleja relación con lo que no se ve, los modos en que hace presente, audible, lo no visto, lo menos evidente, las suturas, las cicatrices, los lugares que están allí más allá de las interpretaciones canónicas, aquello que ha sido relegado a los márgenes de las imágenes, que se presentan como elementos de una situación cultural, cuyo paso del tiempo las constituye en una cuestión política, o sexo-política. En este sentido, nuestro propio cuerpo y nuestra invención de un cuerpo lésbico en espacios educativos, se vuelve laboratorio somático de invención.

b. Reconstruir un cuerpo lesbiano desde el litoral

La versión original de este texto narraba la vuelta como investigadora lesbiana y activista a la universidad en que había estudiado, la UNER, en Paraná, Entre Ríos. Una facultad y una ciudad en la que todavía me siento una extranjera lésbica, un cuerpo tembloroso en la búsqueda del nombrarse. Una ciudad que ha cambiado radicalmente en los últimos años en torno a estas imágenes que evoco, sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿qué imagen hay en ese temblor?, o mejor dicho, ¿qué temblor hay en esa imagen que me habita desde el pasado litoraleño para pensar el presente educativo?

Cuando me digo docente, investigadora, lesbiana feminista estoy pensando en

todo ese entramado político, teórico, epistemológico de los saberes y del cuerpo que constituyen los feminismos. Y cuando digo feminismos no hablo de un movimiento de biomujeres, sino que hablo, también, de todas las disputas políticas de las lesbianas y las disidencias sexuales que ponen en jaque el entramado político y biopolítico del sujeto moderno: sus saberes y sus jerarquías de enunciación, sus sujetos tácitos de cuerpos permitibles, sus mantos y sus pliegues de violencia y exclusión, que se encarnan una y otra vez en nuestros programas, en nuestros recorridos académicos, escolares y vitales, en nuestros cuerpos y en nuestros deseos, en nuestras maneras de relacionarnos sexo-afectivamente y de construir (nuestras) vidas.

Ahora bien, lesbiana no es aquí sólo una identidad del deseo o una práctica sexual de quien escribe e investiga sino una posición política individual y colectiva, una falla en los propios criterios de legibilidad que capitaliza el eco del silencio en los procesos investigativos y formativos. En palabras de De Lauretis (1993) *lesbiana* no alude a una mujer individual, con una preferencia sexual particular o un sujeto social con una prioridad simplemente política sino un sujeto *excéntrico*, constituido en un proceso de lucha y de interpretación, de reescritura del propio yo, en relación a una nueva comprensión de la comunidad, de la historia y la cultura. *Lesbiana* es un concepto que aún sigue siendo necesario en nuestros análisis teóricos y experienciales porque

la invisibilidad o el limpio ascetismo del conocimiento “universal” calla y ausenta de sus gramáticas aquello que no nombra o aquello que sigue nombrando como cuerpos destinados a ser investigados, hablados, intepretados, narrados... por otrxs. Un dato más en las variables de recolección de datos para ser analizado en el marco global de las conquistas universales; no una política sexual capaz de expandir los límites de lo inteligible. Lesbianas es, entonces, un significante tan en disputa como el de mujer, el de identidad, o el del propio colectivo LGBTIQ, cualesquiera sean los marcos de interpretación, lectura y análisis que atravesamos. Es un modo de hacer, pensar, habitar y producir una epistemología teórico-política capaz de repensar las condiciones en que se leen y construyen conocimientos, experiencias, lecturas y saberes.

Se me hace imposible entonces no desandar este escrito en un recorrido personal que interpele, desde la memoria del cuerpo, la construcción pedagógica-política; esto es: la interpelación pública a las imágenes de la injuria que se hicieron carne en estas geografías, y la posibilidad de invención que tenemos desde ellas. Porque la lucha sobre qué modos de vida, de relaciones, de amistades y de pedagogías eróticas queremos es, sobre todo, una disputa política encarnizada ante las imágenes, los deseos, los cuerpos y las palabras que nos damos.

¿Cómo reflexionar sobre pedagogías queer sin poner en historia colectiva mi propio cuerpo para interrogarnos; ese cuerpo atravesado por la vergüenza y el silencio –siempre tan anclados en los

miedos y en la injuria?

No busco usar el testimonio personal como modo redentor de acariciar un ego malherido, ni una historia que nos victimice en nuestras heridas. Sino como palabra-acción que transforme una experiencia como estudiante y docente en una disputa política para pensar en nuestros recorridos como docentes,

como docentes lesbianas

como docentes lesbianas del litoral,

como cuerpos que conocen el silencio del pantano litoraleño,

como docentes lesbianas del litoral migrada a la costa atlántica,

y porque escribir como profesora, investigadora, alumna, lesbiana feminista es una celebración silenciosa de nuestras historias, pequeñas, lentas, historias de re-inventarnos.

No hay en esta puesta en cuerpo una pretensión de autenticidad trágica y universal de una identidad lésbica que vendría a saldar individualmente las lógicas institucionales, históricas, discursivas, políticas y culturales de la matriz cisheterosexista que nos constituye y nos acecha.

No me interesa el llamamiento a la “evidencia de la diferencia” que se encarnan en los cuerpos produciendo material y simbólicamente los significados que apenas son inteligibles en nuestra sociedad y que delimitan, marcan y configuran cuerpos “normales” o “diferentes”.

No quiero hacer con ello, tampoco, una salida del closet de las historias

personales como modo de reparar el daño de una estructura compleja que recae en nuestros nombres y sobre nuestros cuerpos.

Sería naif, y políticamente insostenible, pensar que la expresión individual (tantas veces anclada en las políticas neoliberales de la identidad) pueda anteponerse como estrategia política ante el entramado de disposiciones, acciones y efectos que hacen a la violenta complejidad social, cultural y simbólica que se encarna en la heterosexualidad como matriz política de horizontes de lo vivible.

Pero sí hay un cuerpo que no quiere ser “descorporizado” de sus propias narrativas históricas en pos de una imagen aséptica o asexual, imagen que como cuerpo y pedagogía docente sabemos, no sólo que es mentira, sino que mantiene como estable, vigente y posible las construcciones de matrices violentamente hegemónicas del régimen cisheterosexual. Como bien señala Lucas Platero, la “inclusión” sin más de cuerpos y existencias LGBTIQ en los marcos normativos de la escuela “confirma que la aceptación de la otredad presupone y necesita la ilegitimidad del otro, efectuando dos maniobras contradictorias, pero similares entre sí. Por un lado, la normalidad se produce a sí misma como uniformidad indistinguible, como sinónimo de cotidianidad, y produce la otredad como condición para reconocerse a sí misma. Por otro, la diferencia requiere la presencia de aquellos que ya son considerados subalternos, siempre imaginados como sujetos carentes de algo” (Platero, 2018: 30).

Me nombro entonces, como

investigadora, docente lesbiana feminista porque quizá el tránsito por las materias que cursé cuando era estudiante habría sido diferente si hubiera encontrado otras imágenes donde construirme, vidas posibles de ser vividas y no rumores de la sospecha marica o lésbica. Existencias activas que, bajo la sombra del rumor, eran examinadas y juzgadas en los pasillos del pueblo *inferno*. La tan liberal forma de decir que la vida privada era la vida privada y su correspondiente “respeto a la intimidad” nos ocultaba un hacer y un sostener la ignorancia sobre esas (nuestras) vidas, sus deseos, sus pasiones. Un silencio cómplice y políticamente correcto que “nos comprende” y que también construye formas de violencia, donde el closet funciona para hacernos olvidar que el saber es de matriz cisheterosexual, con su correspondiente construcción de cuerpos, eróticas, deseos y vidas habitables.

Entonces, ¿cómo inventar esa intemperie?, ¿cómo construimos imágenes en ese silencio arrasador de la no escucha basado en la producción sistemática de un conocimiento heterocentrado, normativizado, que excluye e ignora no por desconocimiento sino por una producción sistemática de ese otro ahí fuera que sostiene la ficción legitimadora de los cuerpos habitables?

Este escrito intenta suturar precariamente algunas de las heridas del daño, no como cuestión individual sino como apuesta colectiva y política sobre nuestros cuerpos, nuestras

experiencias, nuestros saberes, nuestras construcciones sexogenéricas, nuestras búsquedas pedagógicas, eróticas y del deseo para pensar la ESI como tránsitos que hagan posibles construcciones de sí deseables y autónomas.

Porque es desde ese cuerpo donde surgió la necesidad de imágenes capaces de construir un mundo otro contra la soledad y la vergüenza, esas espinas de nuestras infancias y adolescencias LGBTIQ en esa ciudad litoraleña, que tan bien podría parecerse a una ciénaga.

Entonces, ¿cuáles son las imágenes, corporales, eróticas, pedagógicas que nos damos como cuerpos de la herida? ¿Cómo imaginar espacios colectivos de nuestros cuerpos sin que sea un llamado a la representación políticamente correcta de incluirnos, así sin más, como una unidad de disección histórica dentro de un programa pedagógico? ¿Cómo indagar las imágenes y su vibración política como espacios de encuentro y educación a través de la ESI? ¿Dónde quedan, además, cuando no intentan camuflarse bajo el eufemístico “respeto a la intimidad” o en la tolerancia jerárquica de la diversidad? O cuando no pretenden ser insertadas en las coordenadas de sentido de una vida respetable, asimilable a las narrativas heterocentradas, como una diferencia que tranquiliza, que no cuestiona, que se regodea en su aceptación pacificadora e instrumentalizante de nuestras historias, nuestras heridas, nuestros sueños y nuestros modos de construirnos más allá de los marcos de la heteronorma.

Aquí es donde nuestras propias historias

pueden producir imágenes para generar, al menos, la disposición al debate político, al debate de qué educación construimos, qué educación queremos, hacemos y deseamos.

c. La fragilidad y las imágenes como acción política

Lo personal es político cuando la biografía no tiene el carácter de asumirse autoexperiencia realizable por todxs, sino el sentido de transformar el silencio en acción, eso que tan bien nos recordaba hace muchísimos años Audre Lorde, militante feminista, negra y lesbiana.

Lo personal es político cuando un tránsito biográfico es una manera de decir no y de autoinventarse con otras.

Lo personal es político, no para regodearnos en la herida, sino para hacer de ella un lugar habitable junto a otras.

Es por esto que partimos de nombrarnos, porque la elección del nombre propio –lo sabemos– pone en cuestión aquello que se toma como punto de partida: la naturalidad biológica del cuerpo y la estabilidad de las identidades y del deseo. Y porque busca –en las marcas de una experiencia–, los modos para hacer visible la maquinaria que estas prácticas silencian, obturan o dañan, buscando en los recovecos de la imaginación otra forma de construirnos colectivamente en nuestros recorridos políticos y pedagógicos, de hacer de los espacios que habitamos una posibilidad de reinención de sí disputando también

esas lógicas impresas en nuestras prácticas de “producción” y “trasmisión” de conocimiento.

En esta escritura en primera persona, también me pregunto reiteradas veces por qué deberíamos ser nosotrxs aquellos que debemos “visibilizarnos” –como si el régimen de visibilidad no estuviera ahí ya siempre entre nosotrxs, expuestos, señalados, sospechosos, marcados. Siempre visibles para la maquinaria de la reprobación y el castigo, pero invisibles para las vidas deseables. ¿Por qué hacerlo en nombre de una identidad, la lésbica, que muchas veces criticamos y disputamos y de la cual conocemos sus límites como estrategia política colectiva?

En este sentido, sabemos, biográficamente que mantenernos discretos, “íntimos”, “privados” en el esquema clasificatorio de la escuela media y de la propia universidad no suele ser una elección sino una experiencia atravesada por la violencia. Porque nuestras formas de supervivencia en el silencio no son, muchas veces, una elección sino una violenta imposición que nos desconoce. Como señala Sara Ahmed (2017), son nuestras propias historias de fragilidad las que construyen nuestro conocimiento y nuestra acción feminista. Porque el silencio no nos regala la calma prometida por la ciudadanía cis-heterosexual, más bien nos vuelve prótesis que juegan bajo los regímenes de visibilidad de los cuerpos heteronormados, que siguen generando sentidos de exclusión de aquellos cuerpos que “no pasan desapercibidos” –que no tiene siquiera un clóset donde resguardarse de la violencia de la maquinaria de la

normalidad y de los cuerpos deseables.

Pero, además, somos conscientes de que no se trata de “hacernos visibles” sino de politizar nuestra experiencia porque en las reglas del capitalismo contemporáneo la identidad no está excluida de la asimilación ni identitaria ni capitalista de la normalidad deseada.

Es por ello que buscamos imágenes que hagan de nuestras experiencias una creación crítica de nosotras mismas, que ponga en suspenso, indague, desdibuje, rasgue y horade pacientemente las construcciones internalizadas de la asimilación para reconstruirnos como deseables, como cuerpos atravesados por otros cuerpos que inventan en la fragilidad amorosa de nuestras biografías precarias, experiencias posibles de imaginar una vida vivible, deseada, eso es ya una reinención de nosotras mismas.

Porque no tenemos (y no queremos) cuidar a nadie de nuestras experiencias políticas del deseo, sino cuidarnos ética y colectivamente de nuestros borramientos. Porque, parafraseando a la artista Ana Gallardo, queremos la posibilidad de instituir una casa para cuando seamos viejas.

Nuestras pedagogías críticas y cuir entonces tratarían más de poner en relieve la construcción sistemática, a veces silenciosa y otras brutalmente explícitas, de la matriz de la violencia que articula nuestras existencias, no para hacer un llamamiento colectivo y desesperado a la salida del closet sino para habilitar las condiciones de

crear, imaginar, atravesar, construir una subjetividad propia y una ética de sí, precaria, pero posible entre nosotras. Y aquí el *entre* no es una mera retórica del lenguaje sino su apuesta radical de construcción colectiva. O, como dice val flores, un intento de “interrogar lo posible en lo existente” (flores, 2004).

Preguntemos sobre las imágenes que nos damos para reconocernos y transitarnos. Disputemos política e inventivamente qué imágenes nos resultan habitables, tensionemos esa lucha política sobre nuestros cuerpos que están ahí donde nos quiere hacer creer que somos libres de elegir, mientras nuestras historias, nuestros cuerpos, nuestras disposiciones del deseo, las vidas que nos inventamos están borradas, acalladas o simplemente ignoradas como políticas de conocimiento y eróticas corporales. Imágenes que aparecen una y otra vez señalando no sólo la marca de la ausencia sino, – reformulando las palabras de Britzman (2016)–, como aquello imposible de ser imaginado en nuestros escenarios escolares. Una reiterada “producción de ignorancia” que no es más que la contraparte de la propia producción de subjetividad de la distribución de los cuerpos que serán vivibles. Una lógica de visibilidad que necesita ser horadada por la calma y el tiempo que nos dimos, pero no puede dejar de ser interrogada una y otra vez sobre sus posibilidades de expresión y reconocimiento.

Tenemos que construir las, lucharlas, escucharlas, re tomarlas o inventarlas en el rumor intenso de nuestras historias. Construirnos la posibilidad de perturbar

nuestros sentidos, nuestras lógicas calmas y habituales de enseñanza, de creatividad, de nuestro propio saber.

Utilicemos esta melancolía sobre las imágenes como apuesta anacrónica al servicio del futuro, no como meta donde llegar sino como reinscripción contante de nuestros sueños de vida vivible.

No busquemos estabilizar las imágenes haciendo un catálogo útil y aplicable, sino más bien abracemos nuestra radical imaginación rasgando en las fisuras, los intersticios, los vacíos haciendo de nuestra sensibilidad una pedagogía que interfiera el régimen de lo visible, lo vivible y, sobre todo, lo posible

Me nombro estudiante, docente y lesbiana porque quiero habitar y agitar esa imagen, siempre en construcción, como una experiencia posible, para que ser lesbiana, feminista y docente no sean formas aquietadas de una identidad sexual y del deseo sino un modo de construcción específica y particular de conocimiento, de lectura, de pasión sobre el mundo, de invención en busca de una mirada, un tacto, una erótica, un sexo, un vivir con otras, donde sostener nuestros precarios pero insistentes sueños colectivos de una vida otra.

Si como dice Mieke Bal (2016) el arte y las imágenes pueden ser políticos cuando crean espacios de potencia colectiva, quizá ese espacio pueda ser el de una política de la interrupción en la narrativa visual heterocentrada (flores, 2009), una política donde resuenen una y otra vez las desobediencias lésbicas en la historia viva de nuestros cuerpos con otrxs.

Notas

1 Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Buenos Aires; Mg. en Social, Women's and Gender Studies por la Universidad de Granada (España) y Bologna (Italia) y Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Entre Ríos. Actualmente se desempeña como becaria posdoctoral del CONICET en el Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y como docente de la Carrera de Ciencias Políticas de la Facultad de Humanidades de la UNMdP. Correo electrónico: mgutierrezpica@gmail.com

Referencias bibliográficas

- AHMED, S. (2017). *Vivir una vida feminista*. Madrid: Bellaterra.
- BAL, M. (2016). *Tiempos trastornados. Análisis, historias y política de la mirada*. Madrid: Akal.
- BRITZMAN, D. (2016 [2005]) "¿hay una pedagogía queer? o, no leas tan recto" en *Revista de educación*. año 7 n°9, pp. 13-34. (trad. gómez j. y calandra l).
- CANSECO, B. (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Asentamiento Fernseh/Sexualidades Doctas.
- DE LAURETIS, T. (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y horas.
- DIDI-HUBERMAN, G. ([2002] 2010). *Lo que vemos, lo que nos mira*. Buenos Aires: Manantial.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2008). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- FLORES, V. (2018). El derecho al gemido. Notas para pensar la ESI desde una posición prosexo. En *Revista Mora, La Educación Sexual Integral ¿es feminista?* N°25. Extraído de <http://genero.institutos.filo.uba.ar/debate-revista-mora-n%C2%B025-2018>.
- FLORES, V. (2017). "Masculinidades lésbicas, pedagogías de feminización y pánico sexual: apuntes de una maestra prófuga" en Maristany, J. y Peralta, L. (comps.) *Cuerpos Minados / Masculinidades en Argentina*. La Plata: Edulp.
- FLORES, V. (2015) "Afectos, pedagogías, infancias y heteronormatividad. Reflexiones sobre el daño" en XX congreso pedagógico. *poéticas de las pedagogías del sur. educación, emancipación e igualdad*. Buenos Aires.
- FLORES, V. (febrero, 2014) *Potencia Tortillera: un palimpsesto de la perturbación*. Extraído de <http://lesbianasfugitivas.blogspot.com.ar/2008/02/potencia-tortillera-un-palimpsesto-de.html>
- FLORES, V. (2013). *Interruqiones. Ensayos de poética activista*. Neuquén: La Mondonga Dark.
- GALL, N. y MATTIO, E. (septiembre, 2012). *Sexualidad lesbiana, trabajo sexual y empoderamiento feminista*. En XI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género. San Juan (cedido por la autora).
- GUTIÉRREZ, L. (2018) *Imágenes de lo posible. Intervenciones y visibilidades feministas en*

las prácticas artísticas en Argentina (1986-2013).[Tesis doctoral].

GUTIÉRREZ, L. y FLORES, V. (2015). “La sangre del pueblo (también) es lesbiana: La experiencia artístico-política de Lesbianas en la Resistencia (1995-1997)” En Debate Feminista, 54, 63-83.

LUHMANN, S. (2018 [1998]). ¿Cuirizar/cuestionar la pedagogía? o, la pedagogía es una cosa bastante cuir en Pedagogías transgresoras II. Santo Tomé: Bocavulvaria.

PRECIADO, P.(2008). “Cartografías queer: el flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multcartográfica, o como hacer una cartografía zorra con Annie Sprinkle” en Cortés, J. M. (dir.). Cartografías disidentes. Barcelona: SEACEX.

RUBIN, G. (2018 [1984]). En el crepúsculo del brillo. Córdoba: Bocavulvaria.